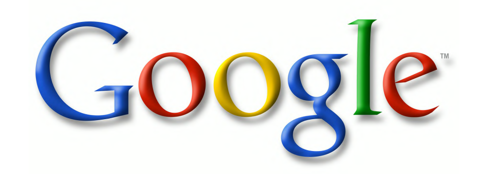


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

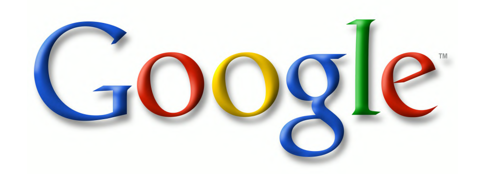
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

ALOCUCION

PRONUNCIADA

POR EL C. IGNACIO M. ALTAMIRANO

Presidente del Colegio del Estado de Puebla

EN LA

SOLEMNE DISTRIBUCION DE PREMIOS

á los alumnos del expresado Colegio y de las Escuelas de Medicina y Normal de Profesores,

en la noche del 19 de Enero de 1882.


UNIV OF TEXAS



MÉXICO

IMPRENTA DE F. DIAZ DE LEON

Calle de Lerdo número 3.

1882

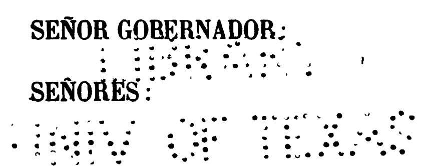
217424

LIBRARY
UNIV OF TEXAS



SEÑOR GOBERNADOR:

SEÑORES:



A la honrosa distincion con que se ha dignado favorecerme el gobierno del Estado de Puebla, confiándome la direccion de este plantel de enseñanza superior y profesional, distincion á la que procuraré corresponder con afan solícito en la humilde esfera de mi capacidad, va á unirse desde hoy en mi existencia, el recuerdo gratísimo de esta fiesta de la ciencia y de la instruccion popular.

He dicho hace pocos dias en una tribuna levantada en medio de los niños huérfanos de la Escuela Industrial de México, que las solemnidades de esta clase suscitaban en mi corazon sentimientos retrospectivos, en que los amargos dejos de la ignorancia y del infortunio estaban compensados con las dulzuras de la esperanza y con las satisfacciones de la ciencia.

Y hoy añado, que el honor de verme, sin haberlo presumido, á la cabeza de uno de los primeros institutos de la República, habiendo prestado mi protesta en medio de esta solemnidad, le da á mis ojos una significacion especial, toda de empeñosas obligaciones para mí,

En la agitada carrera de mi vida, yo he hecho seguir á mi espíritu alternativamente unas veces, y paralelamente otras, los caminos escabrosos del patriotismo y de la política, y los caminos suaves y dulces de la Ciencia y de las Bellas Letras, todos dirigiéndose á un mismo fin: ¡la gloria!

Pero no la gloria ostentosa que el orgullo humano persigue como único objeto de su ambicion; no la deidad falaz y deslumbradora envuelta casi siempre en vapores de sangre y cuyos piés helados riega el llanto de las víctimas, sino la gloria modesta y santa que semejante á una estrella polar alumbra con luz blanda y tranquila el espacio de la conciencia honrada; el númen íntimo, el ángel compañero de la vida, que consuela en las horas amargas, que sonrie en las horas de triunfo, que hace brotar flores en las espinas del deber, y surgir una luz de aurora en los limbos del sepulcro.

Esa es la gloria que yo he seguido, esa es la gloria digna de los ciudadanos y de los estudiosos; esa es la gloria en pos de la cual debeis correr, ¡oh alumnos del Instituto y de la Escuela Normal! vosotros á quienes esa maga que se llama la juventud, muestra con sus dedos luminosos los cien senderos del mundo, y los bellos mirajes que se ostentan provocativos en el horizonte del porvenir.

Amar á la Patria y consagrarse á la Ciencia; hé ahí los dos deberes que hoy enlazan, que enlazarán siempre en vuestro corazon el Estado con sus recompensas, vuestros conciudadanos con su confianza, y las hermosas con sus miradas de ángel.

Amar á la Patria; ese debe ser el pedestal de bronce de todo altar que levante el trabajo; esa debe ser la tierra en que se plante todo árbol que pueda fructificar para que sea fecundo. Sin el amor de

la Patria, la ciencia es estéril, la riqueza inútil, el genio mismo, como el Satan de la Biblia, se concentra en el mal y no produce sino frutos que ocultan el veneno y la muerte bajo las formas engañosas del vigor, de la opulencia y del colorido.

La Patria estimula con la idea del honor las esperanzas del trabajo, infunde aliento en el pobre, anima al ignorante, ennoblece la fortuna del rico, y enciende su antorcha sagrada sobre la tumba del sabio. Las mezquinas aspiraciones del egoismo, por sí solas no compensan los goces de esa armonía social que se llama el patriotismo.

Pero. . . . . seria por demas detenerme en hablaros de este principio que forma el primer precepto de vuestro credo moral. Teneis razon: ¿cómo no amar á la Patria cuando habeis nacido en un Estado que presenta por donde quiera monumentos de su fe patriótica, y en cuya historia se registran páginas de sublime ejemplo? ¿Cómo no amar á la Patria cuando teneis al frente de vuestro pueblo á hombres que han tremolado en sus manos siempre invicto el estandarte de la Independencia y de las libertades públicas? ¿Cómo no amar á la Patria, cuando alentais en esta ciudad encantadora que no sólo embellecen su limpio cielo de turquesa, su atmósfera trasparente y dulce, la galanura de su rico valle, la suntuosidad de sus palacios, el atractivo indefinible de sus hijas más hermosas que aquellos ángeles que el humilde misionero del siglo XVI contemplara en su legendaria vision, sino las nobilísimas cicatrices que muestra todavía y que enseñan elocuentes al viajero toda la historia de nuestras luchas heróicas por la Patria y por la Libertad.

¡Oh! cualquiera que se precie de ser buen mexicano y que contemple el bello seno de Puebla desgarrado por las heridas de la

guerra, como el seno de una matrona antigua, no podrá ménos que exclamar: Aquí descansa altiva una amazona de la República; en este corazon se encierran las tradiciones de la lucha; aquí se agita poderoso como en el seno de una pitonisa, el espíritu de la Patria.

Y vosotros aprendeis en los brazos de esta matrona las lecciones del patriotismo. ¡Sus cicatrices son para vosotros, el alfabeto del heroismo y de la gloria!

Pero consagrarse al trabajo es vuestro segundo deber aquí. Al trabajo para obtener la instruccion, ¿qué mejor manera de honrar á la Patria y de abriros paso al porvenir social?

El trabajo en las teorías infantiles del mundo antiguo era una pena. Bacon, el gran filósofo inglés, dice: que la generacion moderna es la primogénita de la humanidad, y en el concepto de esta generacion moderna, el trabajo no es una pena sino un derecho, porque es una condicion de vida. Todo trabaja en el Universo: ¡ay de los pueblos y de los hombres que no trabajan!

Ahora bien; á medida que este trabajo es más inteligente, es más fecundo; el obrero que se consagra á las artes mecánicas, el labrador que arranca á la tierra sus frutos, el sabio que dirige á las sociedades, todas son fuerzas vivas que ponen en movimiento ese inmenso taller que da vida á un pueblo y que constituye su riqueza.

Pero la cooperacion de estas fuerzas vivas como factores de progreso y de bienestar es más ó ménos productiva, segun el grado de instruccion que las impulsa y dirige. Aquel pueblo en que el trabajador físico obedece sólo al instinto automático de la necesidad, y en que el trabajador intelectual se encierra en el círculo estrecho

de las preocupaciones y de la rutina, no puede salvar los límites del estancamiento social, y en el siglo XIX, siglo de movimiento vertiginoso, un pueblo así, retrograda y muere porque se disloca y se aisla.

Sólo los pueblos en que los trabajadores físicos son alfabéticos y en que los pensadores y los sabios están á la altura de su tiempo, marchan y prosperan.

Por eso las magníficas palabras del gobernador de este Estado dirigidas á la Legislatura respecto de instruccion primaria, han sido profundamente apreciadas como un programa de adelanto ineludible. Difundir la instruccion popular y elemental es multiplicar la fuerza por la inteligencia, como quien dice, multiplicar el peso por la velocidad.

Y por eso, como natural consecuencia de ese programa demócrático y progresista, es preciso añadir: la ciencia, que es el coronamiento de la instruccion pública, debe estar tambien en razon directa de la instruccion primaria. Las ciencias profesionales, las ciencias de aplicacion deben dar un paso más, so pena de no poder ser directoras mañana del movimiento social en Puebla. Porque este movimiento, dadas las bases de la instruccion generalizada, va á venir, y lo impulsarán infaliblemente los intereses materiales agitados ya por el progreso creciente de la República que invade las comarcas más apartadas del país, y con más razon los Estados centrales y ricos como Puebla, las exigencias de los Estados vecinos cuyas arterias vitales están unidas al través de los límites políticos, por la naturaleza, con las arterias de este Estado, y sobre todo lo impulsará esta voz de adelanto irresistible, esta voz maravillosa que dirige nuestra época y que realizando en otra es-

fera los prodigios de la fe, grita con acento imperioso á todos los pueblos paralíticos allá en las ruinas del Asia Menor, en las mesas de la alta Asia, en los desiertos africanos, á orillas del Danubio, en las fronteras de Tartaria, en las colonias de Australia, en las comarcas de la Indo-China, en las riberas del Indus, en las antiguas colonias de Sud-América, y en nuestros silenciosos valles de México, como Cristo al enfermo del Evangelio: «*Levántate y anda.*»

Y andarán: los resortes de la vida moderna no son ya los resortes de la vida antigua. Hay algo de eléctrico en el propulsor; diríase que agitan hoy las entrañas del mundo, corrientes misteriosas, semejantes á aquellas que apénas entrevió azorado en un témpano de ámbar el viejo filósofo de Jonia.

No entramos en el mundo de los sueños. La realidad es la que nos sorprende dormidos con su impaciencia invasora y con su múltiple exigencia.

Puebla la ha incitado ya con sus ricos elementos. El Estado de Puebla ha sido regiamente dotado por la Naturaleza. Sus cordilleras de la zona fria están coronadas de oscuras selvas en que las maderas de construccion no aguardan más que la mano del hombre para pagarle el diezmo de su riqueza. En los valles, amenos y hermosos, ondulan el trigo con sus tirsos de oro, el lino y los agaves de argentada fibra. En sus distritos de la tierra caliente, el tibio aliento del trópico alimenta la caña de azúcar, el café, el algodon. Y el naranjo, el limonero, las anonáceas invitan al exportador y al químico á convertir en oro el acíbar y el néctar de sus fecundas pomas.

El Atoyac que nace besando los muros de esta ciudad y que ser-

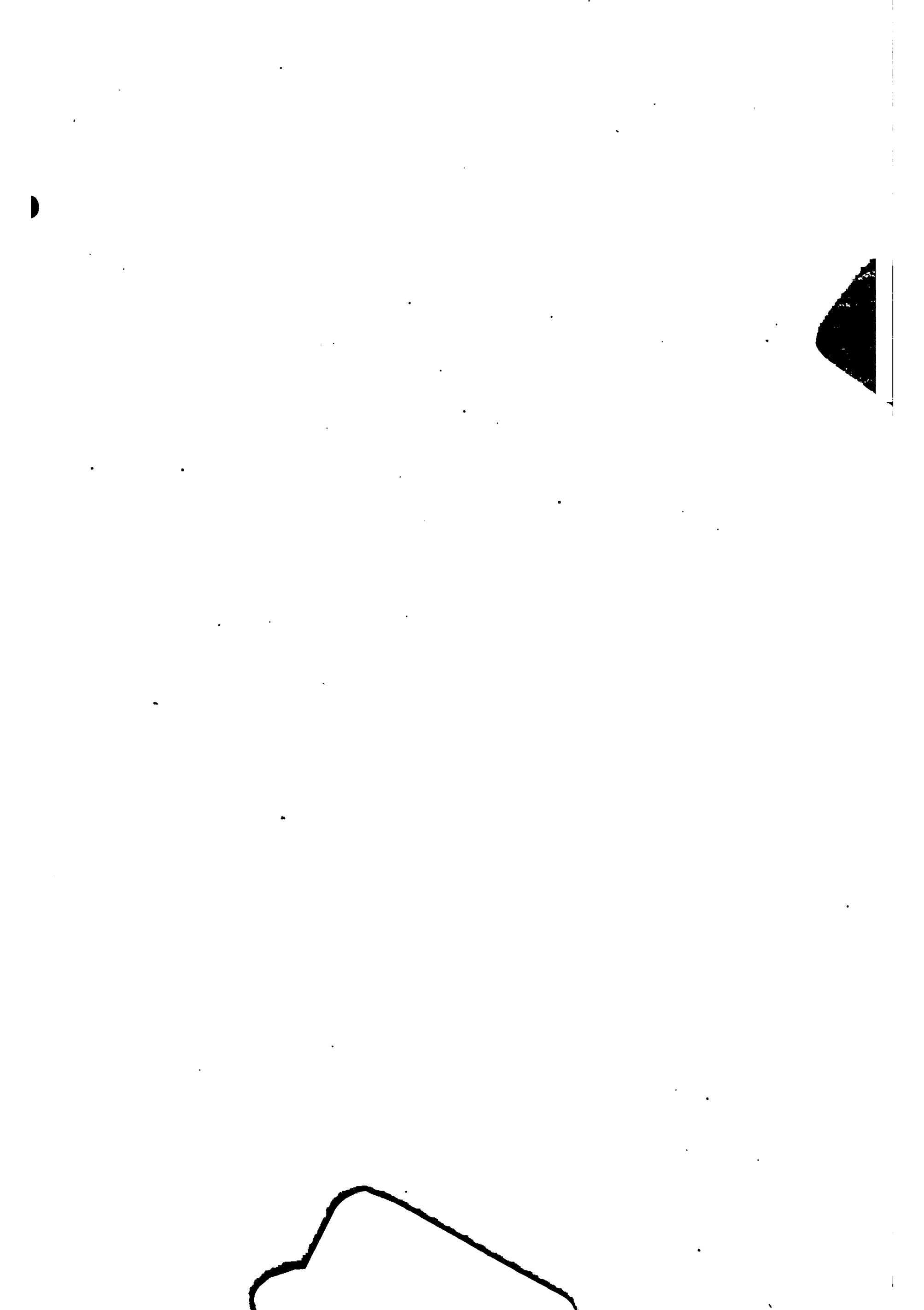
pentea dirigiéndose al mar Pacífico, entre pueblos agricultores é industriosos, ofrece sus aguas para mover la maquinaria agrícola y la maquinaria industrial y para ayudar á la via férrea al trasporte rápido de los productos del suelo...... y muchos rios inferiores y caminos de hierro vecinales completarán la red de comunicacion con los demas Estados, con el Golfo de México, con el Océano Pacífico y con el corazon de la República. ¡Y esto con un pueblo alfabético, activo y vigorizado por instituciones libres!

¡Qué porvenir, y qué próximo porvenir bajo el imperio de la paz!

Impulsar este movimiento, ayudarlo, dirigirlo, hé ahí vuestra mision, oh jóvenes alumnos. Vosotros seréis mañana, como legisladores, como ingenieros, como escritores, como simples ciudadanos directores de la opinion, los propagandistas de ese movimiento, los auxiliares en esa obra de los gobernantes de Puebla.

¡Felices ellos y vosotros porque vuestra recompensa no será una vana satisfaccion, sino la gloria de haber hecho á vuestro pueblo próspero y feliz, será el orgullo de la Historia, será, por último, la aprobacion íntima de la conciencia, precursora de las bendiciones de la posteridad!

217424



IGNACIO M. ALTAMIRANO

POR

Telesforo García

DISCURSO PRONUNCIADO
EN EL
LICEO ALTAMIRANO
EL
22 DE MAYO DE 1908



MEXICO

IMPRENTA ARTISTICA
1a. Indio Triste, 7.

1908



IGNACIO M. ALTAMIRANO

(Impavidum ferient ruinae.)

¿Vengo á exponeros un juicio respecto al insigne Maestro, ó á dejar una nueva ofrenda en el altar consagrado á su memoria por tantos admiradores y díscipulos, como dejara en hondo desconsuelo, el negro día, en que, agotada la energía vital, volvió aquel organismo á volcarse en el torrente circulatorio de la materia, á hundirse en el perpetuo torbellino de las átomos? No lo sé, ni encuentro demasiado interés en fijar desde ahora el sendero por donde voy á dejar correr las ideas, un poco vagas, un poco desconcertadas, como todo lo que improvisa el afecto, como cuanto mueve el sentimiento á una fácil explosión, necesitada de benevolencia, ya que no merecedora de disculpa.

De Altamirano, poeta nítido, delicado y soñador, prosista galano, fluído y correctísimo; orador de la más alta y más pura cepa castellana; apasionado y vehemente como un convencional; artista y delicado, como un heleno; puntilloso y caballe-

resco como un héroe de Calderón; tierno como un niño; bonachón y cariñoso como un patriarca; con intenso sentido familiar y con amplísimo sentido humano ¿quién no ha leído inolvidables páginas en que el dibujo y el color se dieron cita, para poner de resalto alguno de los aspectos intelectuales, morales ó sociales del extraordinario indio del Sur?

De mí sé decir, que cuantos libros de literatura nacional he hojeado, en ninguno como en los del Maestro me ha parecido encontrar, ni el relieve que avalora y engrandece la visión de la naturaleza tropical, ni la palabra generosa, limpia y levantada que arroja haces de luz sobre la semblanza del alma americana. Y como el arte es esto, y como dentro del espíritu general, buscamos siempre el espíritu particular de cada grupo humano, para aquistar lo mejor de su esencia, enriquecer la vida y embellecerla con variedades inagotables, huelga afirmar que, entre otros méritos de que ahora no hago mención, el que acabo de dejar apuntado despierta simpatía invencible en quienes, como yo, consideran que debe pedirse a todas las razas, á todos los pueblos, cuanto en el campo del esfuerzo, del pensamiento, de la imaginación, pueden aportar de nuevo, propio y peregrino al tesoro común de la belleza universal. De esa manera cada obrero realiza su tarea y así todos podrán, sin rubor y sin desdoro, concurrir fraternalmente al banquete de la civilización.

Pero si aquí me detuviese, dejaría incompleto mi propósito. Por un mandato imperativo de

mi espíritu, yo tiendo á generalizar todo fenómeno humano que, en su esfera limitada despierta bastante interés para relacionarlo con fenómenos más amplios de la vida social. Cuando un hombre por su origen, por todo cuanto le liga á su pasado étnico, nos ofrece el confortante espectáculo de subir bizarramente á las cimas de la cultura; cuando atropellando ignorancias y debelando preocupaciones, ha sabido envolverse en los deslumbrantes esplendores del ideal de perfección, preciso es conocer que la aptitud para el progreso, de los más descalificados grupos sociales, no es problema de potencia, sino de grado, ó acaso mejor, de impulsos y energías para retardar ó precipitar la evolución.

Dada esta tendencia de mi ánimo y pasando por alto sentimientos de admiración, afecto y gratitud que nunca me cansaré de confesár ¿cómo la figura de este gran indio, al lado de la de Juárez, de la de Ramírez, no había de sorprender mi atención, empujándola hacia meditaciones relacionadas con la ventura del país en que he pasado dos tercios de mi existencia, y con las leyes del progreso universal? ¿Cómo no había de sentir invencibles impulsos al penetrar en el pasado, al echar la sonda en el oceano misterioso, de donde surgiera el protoplasma que trajo á la vida y á la perfección tipos tan acabados cual el que hoy me sirve de fecundo tema?

Ha sido motivo constante de censura para España el haber dado, hasta donde, supuestos tiemposy circunstancias, fué posible, la vida y desenvol-

vimiento de los indígenas sometidos á su dominio en América y Oceanía, librándolos, por artificios gubernativos, de una completa desaparición; pero debilitando así la influencia de la fuerza selectiva, y oponiendo estorbos al cumplimiento de la ley del progreso.

Debo advertir, que tal censura no viene precisamente de los que miran con excesivo amor al ancestro, sino de quienes, inspirados en criterio modernísimo, juzgan la lucha por la vida de un modo muy restringido y, á fuerza de ampliar fenómenos biológicos, llegan á construir una especie de macrocósmos, donde la delicadísima urdimbre de la vida humana no encuentra sitio adecuado para ir trazando los infinitos dibujos, matices y colores, con que la mano del artista ó del psicólogo viene á explicar sentires y pensares del hombre, invitándole á moverse en su círculo especial, dentro de la universalidad á que por relaciones inevitables está sujeto.

Yo me atrevería á preguntar; pués que ¿las leyes que rigen el pensamiento, el sentimiento, e ideal, son menos naturales, por ser más humanas que las demás leyes dentro de las cuales efectúa el cosmos su movimiento? Y si tales leyes, en lo que al hombre mira, lo empujan á dirigir, coordinar, trasmutar fuerzas naturales, para mejorar su vida actual y para ofrecer á sus advinientes un estado mejor ¿porque solemos verlas con cierto desden, como si fueran fruto de la arbitrariedad ó del capricho, en vez de considerarlas como un dominio casi privilegiado, en cuya inagotable explora-

ción sólo á nosotros nos es permitido entrar con algunas probabilidades de éxito?

El manoseado principio de la escuela fisiocrática: DEJAD HACER, DEJAD PASAR, después de hallarse expulsado de la ciencia económica, ha venido á buscar refugio en la ciencia social, que como más amplia, más comprensiva y también más vaga parece resentirse menos de semejante género de asaltos.

Los más tímidos nos dicen que nos abandonemos á un estado de naturaleza en que el carro del progreso, aplastando á los inútiles, elabore la selección, dejando solo en pie á los bien adaptados para la vida. Los más osados van hasta la agresión creando el fantástico superhombre, salvaje y brutal, sin importarles saber si se trata del jefe de salvages que luce en sus arreos mayor número de cabelleras, ó del déspota opresor que lista entre sus sometidos mayor cantidad de esclavos.

Pues bien, hay que sostener con toda la energía de nuestras honradas convicciones que eso no es ciencia, ni pseudo-ciencia siquiera; ó es simple desvío de cerebros desequilibrados, ó deseo malsano de lucir originalidad en aparentes olvidos de todo sentido racional.

Nada más fuera de las leyes naturales que esa extraña regresión hacia un estado primitivo, á que ciertas escuelas y ciertos hombres nos llaman con empeño. ¡Parece la voz del antepasado cuaternario invitándonos al disfrute de su venturosa existencia!

Todo cuanto estimamos como progresivo en

el hombre, es esencialmente TÉLICO: es decir, realizado conforme á un ideal de perfeccionamiento y á un instinto de conservación, propio de los seres superiores. Desde que la madre, al contemplar á su hijo desnudo, le ha cubierto con una hoja, ó con un lienzo, para librarle de la intemperie, empezó á separarse del llamado estado natural. Cuando tal sentido de previsión se ha desdoblado en el curso de los siglos, hasta constituir estos maravillosos y complejos organismos sociales modernos, el estado natural primitivo parece hallarse perdido, ó ahogado en el río sin dique del estado natural humano.

¿Es la fuerza material la que nos pide la supremacía? ¿Es el músculo sobre el cerebro? ¿Es la misma salud física pretendiendo opacar los resplendores de una gran inteligencia alojada, tal vez, en un cuerpo enfermo? ¿Qué representan las fuerzas personales del atleta al lado de las fuerzas impersonales que dirige y gobíerna el sabio? Precisamente en el ahorro de esfuerzo físico, en el empleo de la inteligencia, desde el obrero que cuida de un mecanismo cualquiera, hasta el matemático, el químico, ó el biólogo, que se sumergen en las esferas mas abstrusas de la observacion y de la experiencia, encontramos comprobado el aserto de que la ley del progreso es la obra de todos, y de esa manera, resulta eminentemente social y eminentemente humana. Queda, por tal motivo, el superhombre reducido á su modesta condición de coadyuvante en un movimiento que no puede detener; y queda el mejor adaptado sometido á las leyes

aplicadas según el ideal humano, encaminado hacia fines de crecimiento, conservación y ventura. ¿Y la lucha por la vida? ¡Ah! no es la lucha estrecha, cruel, sangrienta de hombre á hombre, tal cual la han visto las almas duras y egoistas; no es lucha de destrucción, sino de creación; es el combate eterno entre la fuerza inpasible, fatal y ciega, y la luz racional que ilumina nuestra marcha para que jamás caigamos en masa, ya que en detalle estemos á veces condenados á perder prematuramente algunos de los más insignes capitanes del ejército civilizador.

Hechas las anteriores afirmaciones, ya puede llegarse á la conclusión de que, toda obra verdaderamente humanitaria, realizada por amor en nombre de la religión, ó por deber en nombre de la moral, merece un juicio mas sereno y mas respetuoso que aquél que ha solido consagrarse á España, por su empeño en conservar, contra sus propios hijos conquistadores, la existencia de las razasaborig enes.

Además: cuando la naturaleza ha realizado un trabajo tan admirable, como el de llegar por evolución orgánica, desde el átomo, perdido en el fondo caótico de la materia, hasta el nimbo de luz que circunda el alma humana, oponerse á su obra, mutilarla ó destruirla, aún tratándose del infeliz tasmaniense, del miserable bosquimano ó del salvático botocudo, equivale á un movimiento de regresión, á declararnos impotentes para mejorar, perfeccionar, cumplir nuestra misión, nuestra noble misión, por encima de todo llamamiento á la hol-

ganza, á la cobardía; equivale á un imperdonable olvido de la ley que nos colocó en condiciones de acercarnos sin descanso al arquetipo acariciado por nuestra mente constructora.

Bajo tal aspecto, ya parece un tanto justificado el orgullo del hombre en su carácter, no de rey sinó de perfeccionador y lapidario de la creación. En efecto, la facultad humana de poder elegir en los inagotables depósitos de la naturaleza, aquellos materiales que más sirvan al mejoramiento de nuestra existencia, no puede ya sorprendernos, habituados como nos hallamos á contemplar al hombre en su maravillosa escala ascensional. Desde el grito salvage, expelido como señal de reclamo ó de peligro, en la cúspide solitaria de la montaña, hasta la onda etérea que le arranca y le devuelve en sus palpitaciones, las palpitaciones del alma universal; desde la caverna de Cromagnon á la nave aérea que elevada por su mano se mece y cruza gallarda el espacio; ante sus prodigios de dominio en el mundo total; ante su poder de organización y embellecimiento de la vida, no es maravilla que tal cual vez descubramos en él la sonrisa de la satisfacción y el gesto viril del triunfo.

Pero no hay que olvidarse de que para llegar á este punto del proceso evolutivo, la humanidad, en vez de consagrarse á la destrucción de si misma, ha ido limitando semejante demencia, ha procurado espiritualizar su ser y, desdoblando pacientemente las inclinaciones á la división del trabajo, ha colocado en las alturas un sentido de solidaridad que cada día revestirá mayor robustez. Y todo es-

te prodigioso movimiento, que, inicialmente, pertenece en química á las moléculas y en biología á las masas protoplasmáticas, pertenece en psicología á las almas, encendidas, sin limitación en el tiempo, por el sacro fuego del ideal.

Más, las almas, tambien parecen tener sus preferencias, tanbien se acercan á sus afines, tambien son hijas de su medio ambiente, tambien se inclinan á constituir personalidad propia, para desenvolverse libremente y para ofrecer frutos peculiares de su movimiento al resto de las semejantes. ¿Es esto algo de lo que llamamos raza? ¿Constituye el elemento fundamental de lo que estimamos como patria?

Del vivero, del almácigo desarrollado aquí á la sombra de España, durante el periodo colonial, surgieron las dos ramas que al irse elevando conjuntamente en el tiempo y en el espacio, constituyen el verdadero y único tronco de la nacionalidad mexicana. ¿Pudo el fenómeno efectuarse de otra manera? Sin duda alguna, pero nadie está descontento de ser como es, ni, aun pudiendo, aceptaría por otra alguna el cambio de su individualidad. Lo típico, lo esencialmente mexicano, lo que determina un nuevo ser, bien caracterizado, por la fusión de las corrientes europea y americana, no hubiera alcanzado su advenimiento al interrumpirse una de esas corrientes. Habría aquí otro grupo, otro pueblo, otra alma; pero el alma poseída actualmente, acariciada y gozada con estusiasmo, el alma nacional, no existiría. Y como esa alma no la amamos por más ó menos luminosa, por más ó

menos fuerte, por más ó menos extendida, sinó por ser nuestra, claro resulta que ningún factor de los que la han formado puede repugnarnos, mucho menos el factor indiano que, si al principio fué débil manantial de individualidades incorporadas al tipo superior vá, por natural aumento de la velocidad adquirida, convirtiéndose en el río caudaloso, llamado á fecundar sin descanso los campos, sedientos de integración, del ser nacional.

Cometeríamos, no obstante, imperdonable olvido, si no reconociésemos que ese movimiento ha necesitado contar con insignes directores, representantes indiscutibles del más alto tipo psicológico, y de la más delicada cultura.

¿Podemos negar á Ignacio M. Altamirano esta distinción soberana? ¿No sería injusto y cruel desconocerla en otros hombres ilustres de la misma cepa, que en las ciencias, en las letras, en las artes, en la política, en la beneficencia, en la enseñanza, en el trabajo, resisten el parangon con los más elevados ejemplares humanos?

La especialidad á que el preclaro entendimiento del Maestro quiso consagrarse, fué el culto á la libertad, á la justicia, á la belleza. Esto no abarca una síntesis completa de toda evolución social avanzada, pero forma parte de élla, importantísima y necesaria. ¿Era un trabajador? ¿era un propagandista? ¿era un apostol? A mi parecer, todo eso se sumaba en su persona y se determinaba en su conducta. Vivía en el exterior y para el exterior. Al pasar por su cerebro, la teoría necesitaba convertirse inmediatamente en hecho. Propensio-

siones siempre objetivas, le inclinaban á reflejar, idealizándolos, estados de la naturaleza, ó aspectos de la historia, que tomaban colores deslumbrantes al pasar por su rica paleta literaria. Genio eminentemente meridional, el examen introspectivo huía de su labor, disgustado de una acogida poco agradable; y el rayo de su pensamiento limpio, diamantino, se resistía á penetrar en el campo de lo trascendental, en donde el tanteo, la vacilación y la duda tienen natural asiento. De esta cantera salen, se tallan y esculpen, los apóstoles y los mártires. Altamirano en cualquier momento hubiera sido uno de ellos. Con ser ardiente sacerdote del progreso, vivió satisfecho.

Os he hablado del hombre, de su raza, de su significación, de sus tendencias, de los fenómenos que podemos apreciar en el desenvolvimiento orgánico de este pueblo, al que, en ciertos respectos, pudo Altamirano representar como fiel trasunto: ahora, dando tregua á la divagación y descanso á vuestro fastidio, permitidme que consagre solamente unas líneas al mexicano incondicional, al patriota intachable.

Para mí, una de las cualidades salientes del Maestro, era su nacionalismo ilustrado. El sentimiento de tribu, ó el localismo salvaje, que tanto dominio alcanzan todavía en espíritus de incompleta ilustración, se desvanecía bajo el brillo de su mirada generosa, Iba hacia la patria por el amor y el sacrificio, no por el odio ni el egoismo. Sentía en sí la magestad del alma nacional y se indentificaba con ella. Desde Yucatán á Sonora y

desde Acapulco á Matamoros, un solo lazo ligaba todas las partes de la República al supremo ideal de la independencia, de la ventura, de la grandeza. Y ya en este escalón, indispensable para subir más arriba, le vímos mecerse á menudo en los cielos de la humanidad.

¿Fué un ilustre representante de su raza y de la aptitud de esta para cumplir los más elevados fines sociales? Sin duda alguna. ¿Fué un hombre de amplio criterio, de vasta cultura, gran ciudadano, amigo bondadoso y lealísimo, jefe de hogar tierno y efusivo, decidor galano y conversador incomparable? ¿Quien osaría negarlo?

A su memoria venerada, he querido consagrar esta plática. Tengo por inmensa fortuna la de haber encontrado feliz ocasión para colocar una flor, pobre como mía, sobre el altar levantado al Maestro. Os ruego que me honréis con vuestra benevolencia en esta obra de devoción y piedad.

Telesforo García.